

Giro final

Jonathan Jesús García-Palma

Última intervención. El desenlace. La actriz tomó la barra metálica con la mano derecha y realizó un par de rotaciones completas. Posteriormente, se asió del tubo con ambas extremidades, una pulgada de separación. Se colocó de puntillas con el pie izquierdo ligeramente al frente y enseguida lanzó la pierna derecha hacia arriba. El cuerpo le siguió en un movimiento parabólico, desafiando la gravedad.

Después abrió las piernas perpendicularmente al eje. Acto seguido, la pierna izquierda rodeó el metal y la derecha bajó, formando un arco. Su mano izquierda se mantuvo como apoyo, la diestra se unió al tobillo de esa misma mitad. La cabeza hacia atrás. Giró en sentido contrario a las manecillas del reloj, aprovechando el impulso inicial. Miró hacia el público. No debía hacerlo. Cerró los ojos y se aferró con mayor fuerza al eje de acero.

Se escuchó un disparo. Hubo desconcierto. Violeta, en el centro del escenario, todavía se sostenía de la barra metálica. Completaba el giro: rotación y descenso simultáneos. Prosiguió lentamente, en medio de un gran esfuerzo. Concluyó y se dejó caer. Miró hacia el techo. La sangre teñía su torso. El telón cayó. Sus compañeros acudieron a auxiliarla. Sus familiares corrieron hacia el escenario. La obra concluía en sobresalto.

Algunos asistentes buscaron el origen de la detonación, otros se escondieron entre las butacas. Muchos pretendieron salir del recinto. En el pasillo derecho, la tiradora se abría paso con arma en mano. Amenazante. Un hombre la sorprendió por la espalda. Fue un movimiento audaz. La mujer cayó al suelo. Segundo disparo. Dos personas se lanzaron sobre ella y la sometieron. Mientras tanto, a Violeta la rodearon sus padres, amigos y colegas. Sangraba profusamente. La socorría un médico salido del público. Se le iba la vida.

Violeta y Julieta se reencontraron durante el *casting* para una puesta en escena. Sentimientos definidos, expresiones previsibles. Ambas eran excelentes actrices y habían sido compañeras en la universidad. Al verse, aquella esbozó una sonrisa más forzada que tímida. Ésta torció los ojos. Ni una palabra. Instante amargo, tal vez agríndice en el mejor de los casos. Durante el evento, Julieta se mantuvo con los brazos cruzados, el ceño fruncido y la mirada fija en el escenario. Violeta se mordió los labios, se tocó toda la cara, cambió de lugar en tres ocasiones y, finalmente, llevó sus manos entrelazadas hacia atrás para quedar inmóvil y pensativa. Guardaron su distancia todo el tiempo.

Julieta se había interesado por el histrionismo desde que era pequeña. Al llegar a la adolescencia, sus padres la inscribieron en una academia de actuación. Desde ese instante no dejó de estudiar y practicar, así perfeccionó sus habilidades. Continuó sus estudios en la universidad. A pesar de su conocimiento y habilidad, el primer año le resultó difícil. Superó los obstáculos gracias al esfuerzo y la disciplina constantes. No era la mejor. Ansiaba serlo. Se exigía más de lo necesario, sin importar las consecuencias.

Violeta también mostró un interés temprano por la actuación, aunque tuvo pocas intervenciones durante su infancia y adolescencia. Nunca dedicó largas horas a estudios o ensayos; sin embargo, sus participaciones siempre fueron bien recibidas. Muchos la elogiaban. “Es una habilidad innata”, decían algunos. Ella respondía que era la herencia de su abuela, quien fuera una gran actriz. En la universidad también reconocieron su talento. Eso la alegraba, mas no era algo fundamental en su vida.

Facultad de Artes. Segundo año. Primer día. Violeta llegó al salón. Julieta ya se encontraba ahí. El profesor aún no aparecía. Se vieron frente a frente. Se conocían, sin haber coincidido con anterioridad, sin haberse tratado personalmente. Ambas sabían algo de la otra. Rumores, comentarios de alumnos o profesores. Se habían visto a lo lejos en algún momento. Nunca pasaron desapercibidas. Imposible ignorar su existencia. Un mero ajuste administrativo las había mantenido alejadas en los cursos del año anterior.

Hubo un intercambio de miradas. Violeta sonrió cálidamente. Julieta devolvió el gesto forzada. La primera fantaseó con el nacimiento de una sincera amistad. La segunda asumió el momento como el inicio del combate más importante de su vida. Ambas se equivocaban. Con el paso del tiempo, quien pensó en amistad descubrió la naturaleza competitiva y conflictiva de su futura colega. Quien previó batallas constantes se desesperó ante la idea de que nunca superaría a su adversaria. En realidad, no existía tal.

Violeta no quería competir con nadie. Julieta lo entendió con el correr de los semestres. A pesar de ello, el reconocimiento ajeno colocaba a aquélla en un puesto privilegiado. Las felicitaciones públicas en las clases y en los ensayos, las altas notas obtenidas, la admiración de las compañeras, todo era motivo de desazón para Julieta, quien se hundía en un océano de celos. Así, la cordialidad, sincera o hipócrita, cedió su lugar a la desavenencia. Surgieron algunos chismes, varios alumnos tomaron partido y alentaron la competencia con cuchicheos, mentiras o, incluso, propuestas abiertas para determinar cuál de las dos era mejor.

Violeta siempre evitó confrontaciones directas, si bien la afectaba la rivalidad de Julieta y el ambiente desencadenado por esa situación. No estaba acostumbrada a las críticas infundadas, a los comentarios sarcásticos ni a las constantes actitudes de desprecio mostradas por su compañera. Alguna vez estuvo a punto de estallar en plena clase. Se contuvo gracias a la intervención del profesor a cargo. Fueron tiempos de tensión constante y perjudicial. Al concluir sus estudios, tomaron caminos distintos dentro del medio artístico. Ulteriormente, se involucraron en proyectos ajenos a sus aspiraciones originales.

A Julieta le interesaba el teatro. Le gustaba recibir la ovación inmediata, el aplauso sonoro, la aclamación vívida y potente. Necesitaba público. Al cabo de varios meses, el teatro parecía negársele. Entonces, incursionó en el cine independiente. Su primera actuación fue elogiada por la crítica. Poco a poco fue acercándose al cine dramático, al suspenso y, en un par de ocasiones, a la acción. Entonces obtuvo el reconocimiento anhelado.

Violeta actuaba en donde hubiera un guion interesante. No tenía preferencia por un espacio en particular. Una buena historia era suficiente. Sin darse cuenta, la actuación en televisión fue ganando terreno en su vida. Comenzó como una invitación por parte de un amigo de sus padres. Destacó de inmediato. En consecuencia, le propusieron protagonizar una serie de televisión. Fue un éxito indiscutible. Le siguieron otras series y un par de telenovelas igualmente importantes.

Trece años después, sus caminos volverían a cruzarse en el teatro del centro de la ciudad. Ambas deseaban protagonizar la misma obra teatral. Era un proyecto diferente, impulsado por un miembro del cuerpo académico de su *alma mater*. Además de las cuestiones presupuestarias, los productores deseaban contar con nuevos talentos. Violeta se enamoró del guion. Julieta vio una oportunidad para renacer artísticamente. Por gusto, interés y cierta dosis de competencia, continuaron hasta el final.

Al término del periodo de evaluación se dio a conocer la lista de las actrices seleccionadas para los diversos papeles. Ninguna fue elegida. El director y los productores elogiaron sus intervenciones, pero escogieron a una joven intérprete poseedora de una corta trayectoria. No fue un asunto de talento o de edad, sino de oportunidad.

Sería el despegue de la protagonista. Violeta se entristeció con el resultado. A Julieta le reconfortó saber que su colega tampoco había sido seleccionada.

Tres meses más tarde, una llamada telefónica interrumpió la apacible tarde de domingo de Violeta y su familia. Eran los productores. Se acercaba el estreno y la actriz principal había sufrido un accidente. Imposible contar con ella. Buscaban a alguien capaz de apropiarse del papel a marchas forzadas. Restaban dos semanas. Dadas las circunstancias, ella era la mejor opción. Violeta dudó. Se encontraba en pláticas para protagonizar un proyecto televisivo. Le dieron unas horas para pensarlo. Finalmente, aceptó. Al día siguiente ya ensayaba en el teatro.

La tarde previa al estreno se realizó un último ensayo general. La obra mostraba la triste historia de una mujer quien, luego de varios años de vida errante, se había convertido en una bailarina nudista de un tétrico sitio. Una tragedia inusual para mover a un público ávido de historias alternativas. En la última escena, posterior a un monólogo de recapitulación y reflexión, el personaje se despedía en medio de un postrero baile, haciendo uso de una barra de metal dispuesta verticalmente en el centro del escenario. Un giro acrobático y, acto seguido, caería el telón.

Violeta pronunció sus líneas sin errores y ejecutó la rotación de cierre. Se escucharon tres aplausos. Aún suspendida, miró hacia las butacas. Vio a una mujer de pie, al fondo del recinto. Era Julieta. Los demás presentes también la observaban. Los productores y el director se le acercaron. Violeta los siguió, presa de una inusual inquietud causada por la inesperada presencia. Julieta sonreía. “Es una visita de cortesía”, afirmó. “No quiero verte de nuevo”, replicó la protagonista cuando llegó a su encuentro. La visitante se marchó sin modificar su expresión.

Día del estreno. Julieta llegó al teatro cuando se anunciaba la tercera llamada. Boleto adquirido el día anterior. Entró en el último instante. No prestó mucha atención a la puesta en escena. Aguardaba el desenlace. Ansiosa e impaciente. Llegado el momento, entre las sombras, se levantó, sacó la pistola y apuntó. Violeta volteó hacia el público en ese preciso segundo. Julieta se supo observada. Empero, mantuvo su posición y contuvo la respiración. Ante el asombro e inmovilidad de los asistentes contiguos, en medio de un letal silencio, disparó.

La detonación sustituyó a los aplausos. Para sorpresa de la tiradora, Violeta concluyó su acto mientras caía el telón. Enfurecida, permaneció quieta unos instantes. La reconfortaba saber que aquel giro sería el último. Lo demás no importaba. Intentó escapar. Imposible. La derribaron. Se escuchó un segundo disparo. Arma al suelo. Quiso levantarse. Dos hombres la sujetaron fuertemente. Luchó. Esfuerzo inútil. Ansiaba presenciar la muerte de Violeta, aunque también deseaba escapar. Fue una perturbadora mezcla de sentimientos. Al regocijo le siguió el temor. En un parpadeo. Y vio todo claramente: ese giro también sería su giro final.



Paisaje toluqueño (2016). Litografía: Ricardo Sanabria.

Prohibida su reproducción en obras derivadas.

JONATHAN JESÚS GARCÍA PALMA. Licenciado en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Asesor pedagógico. Docente (nivel medio y superior). Escritor. Sus últimos cuentos publicados son: "Moneditas" (*Luvina. Revista Literaria de la Universidad de Guadalajara*, núm. 96); "Estéril" (*Sci. FdI. Revista de Ciencia Ficción de la Facultad de Informática de la Universidad Complutense de Madrid*, núm. 20); "Espera" (*La Sirena Varada. Revista Literaria*, año II, núm. 11); "Intervención" y "Camino a casa" (*Estudios. Filosofía, Historia, Letras*, vol. XVI, núm. 124).

Recibido: 2 de mayo de 2018

Aprobado: 10 de diciembre de 2018